



Los hijos de los otros

Foto: ROSANA RIVERO

ERAN las 10 de la mañana de uno de esos días en los que quisiéramos quedarnos ajenos a todo, pero no se puede. La Calzada del Cerro vivía un reverbero de gestiones, urgencias y vendutas callejeras. La cola para el cajero automático crecía, según transcurrían los minutos, en competencia desleal con la fila de enfrente, para trámites migratorios. Cada cual se protegía del sol como podía, inmerso en quién sabe qué recónditos pensamientos.

Hurgaba con cautela en el interior de mi mochila, tratando de encontrar la tarjeta magnética, cuando aparecieron. Eran dos chiquillos de estatura baja, posiblemente de tercer o cuarto grados, en chores y chancletas, con signos de algún catarro mal cuidado.

–Señora, ¿nos puede dar algún dinero? –pidieron, como quien pregunta la hora a una desconocida.

–¿Ustedes andan solos? –atiné a decirles, todavía asombrada.

Uno respondió que sí, que andaban solos, mientras el otro señaló a un punto inexacto donde, supuestamente, estaba un tío. Un vendaval de ideas cruzó mi mente. Tantas historias populares de delincuentes que utilizan niños para entretejer a sus víctimas nos traen alertas. Apreté fuerte la mochila contra mi pecho y dudé. ¿Debía darles lo que me pedían? Los chiquillos esperaban.

Saqué entonces un billete del bolsillo del pantalón y se los ofrecí. A punto estaban de iniciar la carrera, calzada arriba, cuando insistí:

–¿Y por qué no fueron a la escuela hoy?

–Porque no hubo clases.

Me quedé atónita, pensando. ¿Cómo saber dónde estaba la verdad entre lo escasamente dicho? ¿Los habría mandado un adulto o solían dedicarse a “conseguir” dinero por su propia cuenta? ¿En serio no habría clases? ¿Quién debía velar por aquellos niños en la comunidad, en la escuela y no estaba haciendo correctamente su trabajo?

La imagen de dos pequeños alejándose calzada arriba, con su billete en la mano, me persiguió por un buen tiempo. Ya me habían contado alguna historia semejante, sin embargo vivirlo es otra cosa. Semanas después, la realidad me daría fuerte contra el rostro.

Era domingo y había gran expectativa en las cercanías del Anfiteatro del Centro Histórico por el concierto de la Gatica Mini. A la entrada del habanero parque de La Maestranza, un par de niños bien vestidos y calzados, también pedía dinero a quienes hacían fila para adquirir los tickets. “Es para comprarnos caramelos”, decían, señalando el puesto de la vendedora ambulante, donde predominaban paquetitos coloridos de confituras. El precio menor era 40 pesos cubanos por una delgada chupetita de fresa.

Como si aún no fuese suficiente, unas semanas después, el mensaje de una colega holguinera alertaba:

“Es triste ver cómo, en Sanfield, niños de 11 años trabajan recogiendo basura. Que no es malo, por una parte, porque no están bandolereando; pero esa edad en nuestro país debe ser para estudiar y jugar. Hace poco un muchachito vino a mi casa a pedirme que le dejara botar la basura por 25 pesos. Tendría 12 años, a lo sumo. Le entregué 30 pesos y se alejó feliz de la vida hacia su carretilla repleta, arrastrando las chancletas por los charcos de agua y bajo la llovizna. He visto a otros pidiendo limosna, incentivados por sus padres, en sitios como la ‘candongá’ de la terminal Las Baleares y en la carretera vía a Bayamo”.

Hace muy poco, la psicóloga Roxanne Castellanos Cabrera contó en su perfil de **Facebook** sobre su encuentro en la Plaza Vieja con un niño habanero “de ojos tristes” que le tendió una flor de papel, en espera de retribución económica. La profesora, quien se entrega día a día a ayudar a los infantes en el camino de conseguir la felicidad, quedó sorprendida. No imaginó entonces cuántos testimonios sobre el tema aparecerían en los comentarios a su publicación.

“Vivo aquí a solo una cuadra de esta plaza y mi corazón se estremece cuando veo esas manitas extendidas y casi siempre acompañadas de una amabilidad silenciosa”, escribió una usuaria de la red social.

Otra muchacha contó: “Este fin de semana vi, en un parque infantil, a un niño sucio y descalzo que ayudaba a un adulto con el negocio de alquiler de ponis. Con su aspecto lastimero le daba vueltas en el caballito a los otros niños cuyos padres pagan por la experiencia, a sus semejantes. El contraste era perturbador. Me niego a creer que nos vamos a ir acostumbrando a estas imágenes”.

Supongo que nadie disfrute ir por la vida detectando brechas, heridas, dolores..., pero hay algunas que aparecen ante uno como un tornado, de improviso, y poniéndonos los principios de

cabeza. ¿Qué hace una persona sensible si un niño le pide dinero o si le ve trabajando para ganarlo? ¿Se detiene a pensar si es justo o no que lo haga, lo paraliza la indignación por la familia y las instituciones que lo permiten? ¿Le ofrece ayuda? ¿Utiliza las vías que conoce para que alguien haga “algo”?

El asunto no es nuevo: en abril de 2017, el diario **Juventud Rebelde** publicó el artículo ¿Adolescentes “por la izquierda”? allí se aseguraba que existía un vínculo ilegal con el cuentapropismo de muchachos que no estudiaban ni trabajaban:

“[...] bajo la sombrilla de la flexibilización y ampliación del trabajo por cuenta propia ha proliferado la práctica de contratar de manera informal –generalmente por cortos períodos o de forma ocasional– a personas que no se registran como debe ser, y en esa práctica existe participación de adolescentes, muchos de ellos sin haber arribado a la edad laboral”.

Alertaba el periodista que el fenómeno debía “atenderse a tiempo para evitar que alcance una dimensión mayor, toda vez que no solo es violatorio del Código del Trabajo, sino de los principios de la política laboral y de nuestra sociedad socialista”.

De 2017 hasta la fecha, no solo han transcurrido seis años, sino que el contexto es otro, tras la pandemia y el reordenamiento económico. Habría que cuestionarse (e investigar a fondo) qué sucede hoy con niños y adolescentes en situación de riesgo o vulnerabilidad: qué hacen, qué piensan y de qué manera implementar soluciones prácticas ajustadas a sus necesidades.

Uno los ve alejarse, con sus escasos años a la espalda, y se queda pensando en los hijos que esperan en casa, resguardados de la calle, de la preocupación y la “lucha diaria”. Uno recuerda la gracia con que alguna pequeña bailarina danza en el teatro para la felicidad suya y de su público, o en chicos que van a aprender inglés después de clases. Mientras, como en una realidad paralela, aquel desconocido recoge la basura en un lugar llamado Sanfield para ganarse 30 pesos y otro hace flores de papel para cambiarlas por billetes.

Uno lo piensa y vuelve la duda: ¿en qué instante se les habrá quedado varada la infancia a la espera de que alguien les tienda la mano, de que alguien los salve? ¿Qué haremos con esa realidad que nos golpea la cara y que no debería ser menos importante porque ellos sean los hijos de los otros?

Alguien podrá pensar que es bueno que desde pequeños aprendan a ganarse la vida trabajando, como el padre que cada tarde se lleva a su hijo a “cochar” para que les cobre a los pasajeros y se vaya entrenando, o el que limpia los patios de los vecinos o hace mandados “más o menos” inocentes. Y no, esta es la edad del juego y de la fantasía, del estudio y la ilusión de futuro, la edad que debe resguardarse de cualquier fractura, de cualquier dolor.